

minuciosidad que exigía operación tan dificultosa como la limpieza de los establos fabulosos.

Pero yo estaba mareado y no hicimos cosa de provecho aquel día. Quedamos en que iría al siguiente, apreciando en una media docena de sesiones las que se necesitaban para explorar bien en todos sus escondrijos la montaña de papel; y con esto nos despedimos, ella contenta y yo preocupado. Cuando salí, entraba en el patio el después famoso portugués don Raimundo de Melo Portas, que cursaba entonces los primeros grados de su brillante carrera de usurero, y ya no dudé del estado agónico en que económicamente Delfina se encontraba.

Esto aumentó el lastimoso sentimiento de piedad que la entrevista me había despertado. Declaro que ninguna mezcla, del género de la que en el primer encuentro tiñó de rosa mis tristes horizontes y me tuvo encerrado en mi retiro, bastardeaba este sentimiento, puramente humanitario, á pesar del perfume que pegado llevaba á las narices. La mezcla y la bastardía vinieron después, aunque mi flaqueza no llegó á tanto que no supiera dirigir mis intenciones por el camino del deber y del honor. Pero al principio de aquellas sesiones memorables, no me animaba otra idea que la de realizar la tramposa exploración en el menor tiempo posible y con el éxito mayor para los intereses de la que había puesto su suerte en mis manos. Hasta me impulsaba la abnegación de arrojarme de cabeza en el pozo que ella tan bien me había des-

crito, con tal de salvar á quien amé ardientemente, y si me arrojé ó no, ya se verá cuando llegue á su punto y lugar este relato que me cuesta bastante coordinar, unas veces por mi inexperiencia literaria y otras por mi falta de memoria.

Las cuales sesiones comenzaban á las doce y concluían á las tres, total tres horas diarias que pasábamos lado á lado desenredando aquella madeja que, como tejida por la usura en complicidad con el despilfarro, tenía nudos superiores al de Gordio famoso y harían pasar á éste por inocente juego de niño. Delfina se presentaba siempre con vario y estudiado atavío: ya de bata negra con cabos blancos, ya de bata blanca con cabos negros, ya, también, de bata negra y blanca con cabos de raso color de lila ó de violeta; el peinado, unas veces á la griega, otras de cortinillas, otras caído sobre la frente en flequillo, ó estirado hacia arriba con patillitas, y en verdad semejante alarde de coquetería me parecía reñido con su estado y su rompimiento de relaciones modistiles. Eso sí, tan guapísima de una manera como de otra, y transcendiendo al mismo diabólico perfume.

El que yo observara estos detalles no entorpecía la revisión de cuentas. Reclinada sobre la mesa, entreverando sus blancas manos con las mías en el intrincado papeleo, me daba informes, citaba fechas, describía nombres y ayudaba al balance de cifras con eficacia admirable. Cuanto más adelantábamos en nuestra exploración, más claras aparecían las grietas de la



casa de Daver y más patente la ruina de la derrumbada fortuna. A cada descubrimiento de éstos, ella se afligía:

— ¿Ve usted, Riquez? ¿No se lo decía yo?

No es que escasearan recursos para rellenar, solidificar y reconstruir lo malparado; sino que todo se estrellaba en la falta de la partida de defunción de Maltán de Pablos: mientras la situación de viudez de Delfina no estuviese legalizada, nada podíamos intentar en remedio del mal. Se lo dije con franqueza, y ella me contestó, con alguna vaguedad y cierto airecillo de disgusto que yo atribuí al ingrato recuerdo del marido, que Maltán había muerto allá por Australia, en un lugar que llaman Melbourne.

— Pues se escribirá á nuestra autoridad consular, si es que la tenemos — insinué yo, — ó si no á la justicia del país ó á quien corresponda.

Ella callaba, y apunto la observación de que cada vez que de este lado proyectaba la luz de mi linterna se desasosegaba y contrariaba mucho. Pero como el caso era urgente y tan indispensable como urgente, escribí á Melbourne, y por cierto que ésta es la hora que aún espero la contestación.

Entretanto, las sesiones se alargaban más cada día, y terminadas las seis primeras, se multiplicaron al punto de no poderlas ya contar. Y era que el trabajo se complicaba á medida que avanzábamos y hubo día que no examinamos más que una cuenta... También Delfina (¿á qué ocultar la verdad?) me interrumpía muchas ve-

ces, como los chicos á quienes aburre la pesada lección del maestro, para contarme sus cosas, sus quejas de abandonada, sus lamentos de felicidad fracasada: ponía los desnudos brazos, que la cascada de encajes descubría hasta el codo, sobre el montón de manoseados pa-



Callaba, sin dejar de mirarme...

peles, juntaba ambas manos en actitud de orar y en el dorso recostaba la cabeza, mirándome de través, medio cerrados los ojos. Y como las notas lejanas de un órgano en el silencio nocturno, su voz armoniosa me emblesaba recordando los tiempos que no vuelven, los sueños que se desvanecieron, los errores que no tienen enmienda, todo lo que fué y debió ser de otro modo tan distinto, tan distinto. ¡Cuánta tristeza evitada,



cuánto dolor suprimido, la vida entera que un sí y un no entenebrecieron transformada y embellecida! ¡Para que luego se achaque á la suerte, á la Providencia, al fatalismo, á todo menos á nosotros mismos!

— ¿Verdad, Riquez? — añadía suspirando. — Usted y yo equivocamos el camino: ¡bien desgraciaditos somos!, porque cuando pienso en su soledad de solterón..., ¡ay!, ¡yo sola ni en la gloria quiero estar!

Callaba, sin dejar de mirarme, y el silencio destruía el encanto, recobrando yo en seguida la serenidad. Advertía el peligro y me sumergía entre los papeles.

— ¿Le parece á usted que prosigamos?

— Prosigamos — repetía ella con un suspiro más fuerte.

Una vez nos sorprendió la noche en un aparte de estos románticos, y no fué la escasez de luz, sino los formidables gruñidos de misia Candela pidiendo de comer, en la pieza vecina, lo que nos despabiló. Poco á poco sentía yo que me aficionaba más á su deliciosa compañía y esperaba la hora de la cita con impaciencia juvenil, abandonando mi asiento de fiscal más tarde, cada vez más tarde... Ella me recibía entre las enredaderas, y el primer saludo era galante porfía sobre si la sentaban mejor las cortinillas que las patillitas ó el moño bajo á la griega.

— Está usted hoy más hermosa que ayer, con esas patillitas encrespadas sobre las orejas.

— Riquez, Riquez — decía ella, — que es usted demasiado formal para echar requiebros y en su boca no van

bien más que cosas graves. Puesto que á usted tanto le chocan estos pelos, les condeno á ser tusados, y mañana me verá usted de vieja pelona. ¡Ea, á nuestras cuentas!

Como á todo esto corrían los días, y ciertos vencimientos, entre los pagarés ya estudiados y anotados en la lista fúnebre que llevábamos, se aproximaban fatalmente, era necesario bajar al pozo susodicho y registrar si contenía algo de provecho para responder á obligaciones tan perentorias. Bajé y sudé y no saqué otra cosa que el convencimiento de que Delfina estaba más pobre que una araña, á pesar de poseer aún algunas propiedades de valor: pues como estas propiedades, unas por causa de hipoteca ó de pactos leoninos, y todas por falta de la partida á que me he referido, no podían ser enajenadas, la situación resultaba apuradísima y sin salida. La única salida era la ejecución judicial, es decir, el escándalo, la catástrofe. Comprendiéndolo así, Delfina, aterrada, me interrogaba con el gesto de quien todo lo espera de un salvador y de este salvador el milagro imprescindible y obligatorio.

Yo estaba tan afligido y aterrado como ella. Los pagarés eran cuatro, á vencer en el mismo mes de agosto con espacio de días que no daban respiro... Fondos para rescatarlos, ¿quién los prestaba? No había un solo agujero donde meter la mano. Cuantos medios se nos ocurrían, la reflexión los deshacía en seguida como polvo. Y Delfina me despedía cada tarde diciéndome:

— Piénselo bien, Riquez: aún nos queda tiempo para



pensar, para buscar. Y encontraremos. ¡Gracias que su consejo no me abandona!

Yo pensaba, pensaba, y aunque la mente es la piedra filosofal con que el oro se fabrica, de la mía, aun estrujándola, no salía una miserable idea que en oro pudiera trocarse. Y lo peor era que mi antigua pasión, en complicidad con mis bondadosos sentimientos, me arrastraba al sacrificio por Delfina, á quien no debía dejar caer en el abismo de la ruina y la deshonra.

He dicho ya lo económico que he sido siempre, y cómo, por singular condición que no he heredado ciertamente, mi corta renta se multiplicaba y crecía sin más trabajo que apartar de ella los dos parásitos que la devoran: el vicio y el agio. No había, pues, de faltarme, como en otras ocasiones difíciles, aquella de Laurentina, por ejemplo, mi poco ó mi mucho puesto de lado, y esta vez lo tenía en depósito en el que fué Banco de la Provincia, unos veinte mil pesos de la antigua moneda, más ó menos, que esperaban un buen momento para convertirse en cédulas ó en lo que me pareciera lucrativo y conveniente.

Agotados los medios de recobrar los pagarés, no vacilé en retirar los veinte mil pesos para salvar á Delfina. Siendo uno de cinco, otro de nueve, otro de tres, y otro de dos, tenía lo suficiente y aun sobraba: la obra que llevaba á cabo, sin pensamiento ni esperanza de trueque en sentido alguno, ¡lo juro!, ni de cobro en ningún plazo, con el más absoluto desinterés de que el hombre puede hacer gala, me llenaba de alegría,

que en mí el ejercicio del bien fué siempre el gozo mayor del mundo.

Cuando Delfina vió lo que yo la entregaba y supo su procedencia, se negó en redondo á aceptarlo. ¡Ah!, ¡No, jamás, jamás! Se enfadó, me regañó mucho, lloró y en su exaltación desenrizó el flequillo de su frente, que aquel día el peinado de turno era de flequillo. ¡Jamás! ¿Cómo consentirlo? Antes empeñaría los muebles y las ropas, y tirando de un carrito pediría limosna con su madre baldada por las esquinas. Pero aceptar de mí, su amigo, el que noblemente se había dignado ser su consejero en momentos tan críticos y propios para que la amistad huya y se esconda, aceptar un préstamo así..., ¡ah!, no, señor.

— Nada, Riquez, que usted hasta me ofende con eso. Guárdelo y no hablemos más.

— Entonces — dije yo, — que llegue el 2 de agosto y el 9 y el 24 y el 31 y vamos á ver lo que hacemos. No sea usted quisquillosa, que aquí el ofendido soy yo con su rechazo.

— Por Dios, Riquez, eso no, ¿ofenderle yo á usted?

En suma, que á fuerza de súplicas y de reflexiones logré que se calmara y tomase el dinero, y quedaron en su lugar el honor y el flequillo.

— Conste — terminó ella — que es á título de préstamo, á plazo de tres meses y con el interés más alto que consiente la ley.

Y con estas palabras, á las que no presté mi aquiescencia marcando un movimiento negativo de cabeza,